

SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

CICLO A

2ª Lectura (1 Cor. 10, 16-17)



“El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo”

«Hermanos: El cáliz de nuestra acción de gracias, ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos

muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan.» (1 Cor. 10, 16-17).

“El cáliz de nuestra acción de gracias (τῆς εὐλογίας ὃ εὐλογοῦμεν, de bendición que bendecimos), ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo?”: Comienza aquí S. Pablo haciendo comparación entre la Eucaristía cristiana y los banquetes paganos, aunque la diatriba de S. Pablo contra los banquetes paganos la presenta un poco después del texto que estás meditando en esta gran solemnidad del Corpus Christi:

«Lo que inmolan los gentiles, ¡lo inmolan a los demonios y no a Dios! Y yo no quiero que entréis en comunión con los demonios. No podéis beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios.» (1 Cor. 10, 20-21).

Pero tu caso, mi querido hermano, no es el mismo que el de los paganos infestados por el averno. Tú no inmolas a los ídolos demoníacos, sino a Dios. Por tanto, vives unido a Cristo Jesús, aunque en el misterio, pero realmente unido a Él.

S. Pablo está aludiendo a la Eucaristía como sacrificio, pues no en vano presenta por separado el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Y este sacrificio hace la unión con Cristo Jesús y con los hermanos.

La mención al “cáliz de bendición que bendecimos” parece que alude a la bendición del Señor en la Última Cena y que nosotros bendecimos, es decir, que nosotros repetimos. Por eso he tachado la expresión litúrgica de “acción de gracias”, que, aunque es verdad que la Eucaristía es una “acción de gracias”, y así parece querer expresar también S. Pablo con el término “bendecimos”, sin embargo, aquí estaríamos perdiendo la mención a la consagración del Señor en la Última Cena, que nosotros repetimos en su nombre:

*«El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: “Este es mi cuerpo que se da por vosotros; **haced esto en recuerdo mío.**” Asimismo, también la copa después de cenar diciendo: “Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, **hacedlo en recuerdo mío.**”» (1 Cor. 11, 23-25).*

La celebración de la Eucaristía une al cristiano con Cristo Jesús: “¿No nos une a todos en la sangre de Cristo?”, pero también une a todos los cristianos entre sí gracias a la sangre de Cristo.

“*El cáliz de bendición que bendecimos*” es el tercer cáliz que se bebió en la Última Cena, pero se omitió la bebida del cuarto cáliz:

Cuarto Cáliz de la Pascua Judía: Cáliz de la Pasión Cristiana

1. La Última Cena: Conmemora el recuerdo de la salida de Egipto y la entrada en la Tierra Prometida.

Cuatro Cálices de la Pascua Judía: La Pascua judía se celebraba consumiendo 4 cálices de vino, repartidos durante la cena en cuatro momentos, interrumpidos por oraciones y gestos:

1º Cáliz de la Amargura: Después de la *bendición solemne*, se bebía el primer cáliz de vino y a continuación se comían *hierbas amargas*, que simbolizaban la amargura de la cautividad del pueblo de Israel en Egipto durante 430 años.

2º Cáliz de la Alabanza: Seguidamente alguien de los presentes leía la *historia de la Pascua judía*, narrada en el libro del Éxodo 12 (Cordero Pascual), luego se cantaba el Salmo 114 (el “*Pequeño Hallel*” o canto de alabanza) y a continuación se bebía el segundo cáliz.

3º Cáliz de la Bendición: Después se servía el plato principal de la cena, el *cordero y pan sin levadura*, tras el cual se bebía el tercer cáliz, “*el cáliz de la bendición*”.

Jesús instituye la Eucaristía en esta 3ª parte de la Cena Pascual, cuando da a comer el pan y a beber el cáliz: “*el cáliz de la bendición*” (1 Cor. 10, 16).

4º Cáliz de la Consumación: 4º Cáliz de la Pascua Judía y el 1º de la Pasión Cristiana, que tiene una proyección escatológica: Finalmente se cantaban los Salmos 115-119 (el “*Gran Hallel*”), se bebía el cuarto cáliz y la Pascua alcanzaba su momento culminante, “*el cáliz de la consumación*”.

Pero Jesús, antes de comenzar la 4ª parte de la Cena, dijo que ya no bebería más vino, es decir, omitió el 4º cáliz, “*el cáliz de la consumación*”, que es el más importante de la Pascua judía. Y después de recitar el himno (el “*Gran Hallel*”), previo a la

bebida del 4º cáliz, salieron hacia el monte de los Olivos, pero sin beber el 4º cáliz:

«Y mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: “Tomad, este es mi cuerpo.” Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella. Y les dijo: “Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos. Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios.” Y cantados los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos.» (Mc. 14, 22-26).

A Jesús le faltaba beber el cuarto cáliz de la Pascua judía, que fue interrumpida en el Cenáculo. El cuarto cáliz queda abierto al futuro de la Iglesia. Lo bebe ahora en el monte de los Olivos para clausurar la Pascua judía e inaugurar la Pascua cristiana:

*«Y adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: “¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; **aparta de mí esta copa**; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú.”»* (Mc. 14, 35-36; cf. Mt. 26, 39, 42).

Los discípulos se durmieron y se quedaron sin beber el cuarto cáliz, “*el cáliz de la consumación*”. Lo beberán más tarde, cada cual a su hora martirial. De la misma manera, la Iglesia, al surcar la historia, va bebiendo este cáliz amargo de la pasión de Cristo Jesús, que quedó pendiente de beber en la Pascua judía, pero que tiene su cumplimiento en la Pascua cristiana.

La resistencia de los apóstoles a beber el cuarto cáliz queda censurada por Jesús:

*«Jesús dijo a Pedro: “Vuelve la espada a la vaina. **La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?**”»* (Jn. 18, 11).

Estando Jesús a punto de morir, uno de los presentes le ofreció una esponja empapada en vinagre y sujeta a una caña de hisopo, la misma planta que se utilizaba para rociar la sangre del Cordero Pascual en Éxodo 12, 22. Es en este momento en que queda completada la Pascua cristiana:

«Sabido Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: “Tengo sed.” (Quiere beber ahora el “**cuarto cáliz**”). *Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vina-*

gre, dijo: **“Todo está consumado.”** E inclinando la cabeza entregó el espíritu.» (Jn. 19, 28-30).

Con **“el cáliz de la consumación”** finaliza la Pascua iniciada en el Cenáculo.

2. El **“Cáliz de la Consumación”** queda abierto a la historia de la Iglesia: Cáliz Esponsalicio:

Historia semita del paraninfo:

Junto a las corrientes de agua solicitaba el judío la mano de una joven para desposarla. Las jóvenes tenían la misión de acudir en las mañanas a las fuentes de agua con su cántaro para satisfacer las necesidades domésticas. Y aquí acudían también los jóvenes para buscarse su futura esposa. Y comenzaba su petición de mano pidiendo agua: *“Dame de beber”*. Jesús está imitando esta costumbre judía, pero elevándola a la esfera del misterio:

- Jesús va transformando a la samaritana de enemiga de Dios en esposa. Desaparece lo adamítico y queda lo cristiano: *“una sola cosa”* (Gén. 2, 24; cf. Mt. 19, 5, 6; Mc. 10, 8; Ef. 5, 31).
- Paraninfo de Isaac: Rebeca.
- Moisés: Séfora.
- Los ortodoxos ponen la encarnación del Verbo de Dios junto a las aguas: Virgen María.
- Tengo sed: Iglesia. Jesús pide que sacies su sed en ti, pues tú eres Jesús: *“Dame de beber”*.
- Tú mismo: En tu corazón está el *“agua viva”* como don gratuito de Dios, donde Dios baja para hablarte de amor. ¿Irás tú al teatro a buscar a Dios, es decir, a *“cisternas agrietadas, que no pueden contener el agua”*? (Jer. 2, 13). ¿O viajarás a tu interior donde te saciarás del agua viva de la inmortalidad divinizante? El sabor de esta agua dulce hace insípido, amargo, ridículo y parvulero todo teatro. ¿Cómo serán humillados los teatreros el día terrible de la cuenta ante el trono del Altísimo, donde cesa la escena y queda la realidad!:

«Porque la apariencia de este mundo pasa.» (1 Cor. 7, 31).

Pero tú dale de beber a Cristo Jesús en ti, que dice: *“Tengo sed”*.

S. Pablo, como teólogo procedente del judaísmo, se mueve con soltura en este ambiente teológico tan conocido por él, como judío que era de estricta observancia.

“Y el pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo?”: Anteriormente acababa de mencionar S. Pablo *“la bendición”*, refiriéndose a la sangre de Cristo, pero ahora menciona *“la fracción”*,

refiriéndose al cuerpo. La intencionalidad es manifestar el sacrificio y la acción litúrgica.

El pan y el vino, es decir, el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, de tal manera disponen los granos de trigo y de uva que llegan a ser capaces de formar pan y vino. Se trata de la unidad radical que hay en el Cuerpo Místico de Cristo Jesús, la Iglesia.

“El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo”: El “pan” viene a iluminar la imagen del “cuerpo”. Muchos granos molidos y amasados hacen un solo pan, así muchos cristianos unidos a Cristo Jesús por la Eucaristía hacen un “solo cuerpo”:

«EL PAN RECOGIDO, MOLIDO, AMASADO Y METIDO EN EL HORNO.

En este pan se os indica cómo debéis amar la unidad. ¿Acaso este pan se ha hecho de un solo grano? ¿No eran, acaso, muchos los granos de trigo? Pero antes de convertirse en pan estaban separados; se unieron mediante el agua después de haber sido triturados. Si no es molido el trigo y amasado con agua, nunca podrá convertirse en esto que llamamos pan. Lo mismo os ha pasado a vosotros: mediante la humillación del ayuno y el rito del exorcismo habéis sido como molidos. Llegó el bautismo, y habéis sido como amasados con el agua para convertirlos en pan. Pero todavía falta el fuego, sin el cual no hay pan.» (S. AGUSTÍN, Sermon, 227; SC 116, 236).

La diversidad numérica de miembros cristianos induce a S. Pablo a que se procure la unión doctrinal y ontológica, pues “el pan es uno”.

“Porque comemos todos del mismo pan”: La razón que explica la causa que ocasiona una unión tan sustancial la da S. Pablo por la participación en la Eucaristía:

«UN CUERPO.

Solamente el que se conserva en la unidad del cuerpo de Cristo, de ese cuerpo cuyos fieles acostumbran a recibir el sacramento del altar, o sea, el miembro de la Iglesia, es el que verdaderamente debe decirse que come el cuerpo de Cristo y bebe su sangre. Por ende, los herejes y los cismáticos, apartados de la unidad de este cuerpo, pueden recibir ese sacramento, pero sin fruto y –lo que es peor– con daño personal, para

ser condenados con más gravedad y no ser, aunque tarde, liberados.» (S. AGUSTÍN, La Ciudad de Dios, 21, 25, 2; CCL 48, 794).

3ª Lectura (Jn. 6, 51-58)



“Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”

«En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos: –Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí: –¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo: –Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

(Porque) mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

(Como) el Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre.» (Jn. 6, 51-58).

“Dijo Jesús a los judíos”: Jesús habla al pueblo de Dios, que se ha convertido en pueblo enemigo:

*«Vino a su casa, y los suyos **no lo recibieron.**» (Jn. 1, 11).*

“Yo soy (ἐγώ εἰμι)”: Es lenguaje de la divinidad. Jesús, por tanto, es Dios como el Padre y el Espíritu Santo. “Yo soy” es la expresión que usó Dios con Moisés para definirse con el pueblo judío:

*«Contestó Moisés a Dios: “Si voy a los israelitas y les digo: ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’; cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?” Dijo Dios a Moisés: “**Yo soy el que soy.**” Y añadió: “Así dirás a los israelitas: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros.”» (Éx. 3, 13-14).*

“El pan vivo que ha bajado del cielo”: Se trata de un abstracto metafísico: “el pan”, el único e infinito pan. No existe otro pan, no hay otro nombre sobre la tierra que pueda salvarnos:

*«**No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos.**» (Hech. 4, 12).*

Este Pan por ser “vivo” te come cuando lo comes: te vivifica, te trinitifica. Pero por ser “*el pan vivo*”, en abstracto, cualifica la propiedad ontológica de este pan y de este modo de vida que tiene el pan, y que, en definitiva, se viene a identificar pan y vida:

- Este pan es “*la vida*”.
- Esta vida es “*el pan*”.

El Padre envía y entrega al Hijo como Cabeza rectora de la humanidad para ser alimento nutriente que la vitalice sobrenaturalmente y la divinice. Jesús es pan para todos. Te lo entrega el Padre por las manos de la divina Panadera, María SS.

El hombre no puede comer el Pan de Ángeles, pero la Virgen María, que había asimilado aquel Manjar Angélico, lo ha convertido en leche de infantes. La Madre de Dios y Madre de los hombres está presente en este momento sublime en el que se amamanta a los pequeñuelos.

Dos son las cualidades que distinguen este Pan divino del otro pan del éxodo, del maná recibido en el desierto por el pueblo de Dios:

1. “**Vivo**”: vital y vitalizante, y para siempre; al paso que el maná carecía de propiedades vitales imperecederas.
2. “**Bajado del cielo**”: se trata, por tanto, de una vida divina que alimenta el espíritu, al paso que el maná sólo alimentaba el cuerpo. Todo lo que realmente no baja del cielo acaba en muerte.

“***El que come de este pan vivirá para siempre***”: Tiene vida eterna, vida trinitaria: queda convertido en cielo. Se trata de una invitación divina a la iniciativa humana para que trascienda las limitaciones espacio-temporales.

Si el maná no consiguió inmortalizar la carne que alimentaba, el pan bajado del cielo inmortaliza al alma que lo recibe, pero también al cuerpo, aunque después de la resurrección.

Pero si dice Jesús que “*vivirá*” quien coma de este pan, quiere decir que ahora el hombre es muerte, aunque después sea vida eterna.

El “*para siempre*” es ya la eternidad incoada en el tiempo. La proyección de eternidad dada por Jesús al hombre denota infinitud en la causa eficiente, Dios.

“*Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*”: No te engañes, el único alimento que consigue la vida eterna es la carne de Jesús:

«*Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre.*» (Jn. 6, 27).

Inserta Jesús en esta frase dos palabras nuevas: “*carne (σάρξ)*” y “*a favor de (ὕπερ)*”. Los otros términos ya han sido anteriormente reseñados, sólo estos dos son nuevos.

1. “**Carne (σάρξ)**”: En la Sagrada Escritura la carne es el hombre completo, compuesto de cuerpo y alma. No distingue, como hace la filosofía griega, entre cuerpo (“*σῶμα*”) y alma (“*πνεῦμα*”). Por tanto, Jesús da su ser entero (σάρξ) “*para la vida del mundo*”. La vida que dará Jesús con su Persona es una vida sobrenatural, desde el presente y para toda la eternidad; pero la vida corporal del hombre la dará Jesús desde la resurrección de entre los muertos y para siempre.

- Por la Encarnación “*el Verbo se hizo carne (σάρξ)*” (Jn. 1, 14).
- Por la Eucaristía Jesús da su “*carne (σάρξ) para la vida del mundo*”.

2. “**Para la vida (a favor de la vida, ὑπὲρ τῆς ζωῆς)**”: En principio, “*vida (ζωῆς)*” tiene un sentido sobrenatural en el Evangelio. La “*vida*” natural la expresa S. Juan por la palabra “*ψυχὴ*”: “*doy mi vida (ψυχὴν) por las ovejas*”.

En segundo lugar, “*a favor de (ὕπερ) la vida del mundo*”: no expresa tan sólo la vitalidad de la carne de Cristo Jesús dando vida al mundo, sino que el “*ὕπερ*” indica también la inmólación sacrificial del Señor, como aparece en otros textos alusivos:

«*Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por (ὕπερ) vosotros; haced esto en recuerdo mío.*» (Lc. 22, 19; cf. 1 Cor. 11, 14).

«Yo conozco a mi Padre y doy mi vida por (ὕπερ) las ovejas.» (Jn. 10, 15; cf. 10, 17).

En los versos siguientes (53-56) queda patente la vertiente sacrificial de Jesús dando, por separado, a comer su carne y a beber su sangre.

“Disputaban entonces los judíos entre sí”: Se repite la discusión sobre el origen divino de Jesús, pues anteriormente ya había dicho S. Juan:

«Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: “Yo soy el pan que ha bajado del cielo.”» (Jn. 6, 41).

Tras esta murmuración abre Jesús un nuevo ciclo de enseñanza, como había ocurrido en 6, 41. Es pedagogía divina partir de la experiencia de la vida cotidiana para instruir a los hombres, enderezando las desviaciones doctrinales hacia la verdad.

Es necesario corregir los errores generales y particulares, sociales y personales. Desde la cuna el hombre debe ser adoctrinado y corregido perseverantemente hasta que llegue a la madurez moral requerida por Dios.

“¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”: Al comer la carne, se incluye también la sangre, sede de la vida, cosa prohibida a un judío, pues la sangre es de Dios, no del hombre:

«Guárdate sólo de comer la sangre, porque la sangre es la vida, y no debes comer la vida con la carne.» (Deut. 12, 23).

Los judíos se dejan impresionar maliciosamente y se escandalizan de la doctrina de Jesús por falta de amor a Dios, que los hubiera librado de falsas aprensiones.

El pronombre “éste”, dentro del interrogante, pone de manifiesto la cualificada malicia de la incredulidad judía. Se resisten los judíos a dejarse impresionar por la pretensión de Jesús a introducirse para entregar su vida para la salvación del mundo. Y así, en nombre de la teología, rechazan y desprecian a Dios.

“Entonces Jesús les dijo: –Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”:

Reitera Jesús la doctrina anunciada en el verso 51, a despecho de los judíos, pero ahora con mayor dramatismo. Si antes había hablado sólo de su carne como principio de vida, ahora dice que hay que “comer” esa carne, pero además hay que “beber su sangre”, cosa más escandalosa todavía para un judío, pues la sangre es la sede de la vida, de la que sólo Dios es propietario:

«Sólo dejaréis de comer la carne con su **alma**, es decir, con su **sangre**, y yo os prometo reclamar vuestra propia sangre: la reclamaré a todo animal y al hombre: a todos y a cada uno reclamaré el alma humana.» (Gén. 9, 4-5; cf. Deut. 12, 23).

El desdoblamiento de la carne de Jesús (v. 51) en carne y sangre, por separado, indica la muerte violenta que habría de padecer, pero, al mismo tiempo, se alude a la Eucaristía que habría de instituir en la Última Cena.

El pan anunciado en el verso 51, que se refiere al mismo Jesús, se va concretando en carne y sangre.

La sangre expresa con mayor determinación la humanidad de Jesús: es perfecto hombre, pero al mismo tiempo expresa también su divinidad, cosa que ya había consignado anteriormente:

«Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el **alimento que permanece para vida eterna**, el que os dará el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello.» (Jn. 6, 27).

La frase expresada en forma negativa, “**si no coméis... y no bebéis**”, enfatiza la necesidad de medio de esta comida y esta bebida para la consecución de la vida eterna. Y tanto más necesario es este manjar de la carne y la sangre, cuanto más lo recalca Jesús, y precisamente después del escándalo farisaico por tal motivo.

Aquí valdría la pena recordar que la carne y la sangre de Jesús es carne y sangre recibida únicamente de su SS. Madre. La carne y sangre cristiana es carne y sangre mariana. La vida cristiana es vida mariana.

“El que come mi carne y bebe mi sangre”: Este verso sería la versión positiva del anterior verso, que fue expresado en forma negativa. Por tanto, Jesús reitera su doctrina sobre la Eucaristía, sin la cual no hay salvación.

Es patético el realismo del término *“comer (τρώγων)”*, que se utiliza para la comida de los animales, pero que aquí tiene un significado espiritual, aunque con una forma material.

“Tiene vida eterna”: Quien comulga en gracia puede ofrecer a Jesús su misma vida eterna, digna de ser sublimada y ofrecida también al Padre eterno como vida que es de su Hijo. Por la comunión el hombre es plenamente acepto al Padre, pues el Padre ve en el comulgante a su mismo Hijo encarnado. Pero, por el contrario, quien comulga en pecado, como que obliga a Jesús a tener que asimilar una especie de carroña moral, para luego tener que ocultarse avergonzado de la presencia Santísima de su Padre. Un sacrilegio es el bochorno de la Trinidad, que queda por nuestra parte como basureada, envenenada, envilecida.

“Y yo lo resucitaré en el último día”: La vida que tiene al presente el alma por la participación en la Eucaristía, la tendrá el cuerpo, pero éste sólo a partir del *“último día”*.

No toda vida merece la pena ser resucitada. Sólo la vida que ha sido divinizada por la carne y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo será resucitada en el último día.

“Porque (ἦ)”: Es una preposición causal. Se trataría de la causa eficiente de la vida eterna, anteriormente anunciada: su carne y su sangre dan la vida.

“Mi carne es verdadera (ἀληθής) comida”: Tiene una vertiente marcadamente realista, nada que ver con lo figurado o metafórico. Y sólo la Carne y Sangre del Señor tiene propiedades salvíficas.

“Y mi sangre es verdadera bebida”: La separación de *“carne”* y *“sangre”* denota el estado victimal de Jesús. Queda centrada en la Persona del Verbo la única salvación posible del hombre. Toda pretensión salvadora fuera de Cristo Jesús no es más que una burda parodia propia

de los príncipes de este mundo, condenado al exterminio (cf. Sab. 18, 15). Ya sabes dónde tienes tú la verdadera vida.

“El que come mi carne y bebe mi sangre”: Jesús anuncia el efecto que produce comer su carne y beber su sangre, es decir, el efecto que produce la Eucaristía en el alma del creyente: lo une vitalmente a Cristo Jesús. Es el modo como la Eucaristía da la vida: al igual que tiene vida el sarmiento en la vid:

«*Permaneced (μείνατε) en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden.*» (Jn. 15, 4-6).

“Habita en mí”: Tiene una acepción de permanencia vital en la inhabitación recíproca. Más que “*habita en mí*”, que es correcto, habría que decir, “*permanece (μένει) en mí*”, que es más exacto.

“Y yo en él”: La permanencia es recíproca: ¡oh misterio! La consideración de la inhabitación de Cristo Jesús, al igual que la del Padre y la del Espíritu Santo, ha llevado a los santos a una relación de intimidad transformante en el fondo de su corazón. En su interior encontraban a Dios y aquí gastaban su tiempo terreno.

«UNO CON CRISTO.

Lo mismo que si uno junta dos pedazos de cera, ciertamente verá que el uno se halla totalmente en el otro, así también –pienso yo– el que recibe la carne de nuestro Salvador, Cristo, y bebe su preciosa sangre... hallará que es uno con Él.» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Juan, 4, 2; Pusey, 1, 535).

“(Como) el Padre que vive me ha enviado”: El Padre es la fuente suprema de la *misión* del Hijo. Y esta misión se la comunica Jesús a los discípulos:

«*Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre*

y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» (Mt. 28, 18-20).

“Y yo vivo por (δικά) el Padre”: El Padre es la fuente suprema de la vida del Hijo. Y Jesús se la comunica a los cristianos: “*el que me come vivirá por mí*”. La expresión “*por (δικά)*” tiene sentido de causa eficiente.

“Del mismo modo, el que me come vivirá por (δι) mí”: La relación vital que existe entre el cristiano y Cristo Jesús es similar a la que tiene Cristo Jesús con el Padre.

La comida y la bebida de que se había hablado anteriormente, se vuelve a sintetizar ahora en “*el que me come vivirá por mí*”. Partió el texto de la Persona de Cristo Jesús, y ahora vuelve de nuevo el texto a su Persona, pero enraizada ya en el Padre.

“Éste es el pan que ha bajado del cielo”: El Evangelio de S. Juan cierra el presente diálogo con la misma expresión de apertura del verso 51. La repetición del texto da unidad compacta a todo el diálogo.

Jesús es el auténtico pan que alimenta espiritualmente al que come de él, cosa que no hizo el maná; pero tampoco el maná bajó del cielo, como sí bajó Jesús, mediante la encarnación, a las purísimas entrañas de la SS. Virgen María.

“No como el de vuestros padres”: Todo el orden antiguo establecido por los antepasados padres, que salieron de Egipto hacia la Tierra Prometida, nada tiene que ver con el nuevo orden establecido por Jesús mediante el Evangelio y la Eucaristía, la Palabra lógica y ontológica. Aquel orden antiguo fue una preparación para la realidad traída ahora por Cristo Jesús mediante su inhabitación en el alma del creyente.

“Que lo comieron y murieron”: Luego era un pan que alimentaba sólo el cuerpo, no el alma. Por más maná que fuera, terminaba en muerte.

“El que come este pan vivirá para siempre”: Luego es un pan que alimenta el alma para toda la eternidad. La Eucaristía transmuta la vida temporal en eterna. El hombre, mediante la Eucaristía, trasciende su natural caduco para asentarse en la inmóvil eternidad.